

PREGÓN DE LA SEMANA SANTA DE MAHÓN

=====

AÑO 2002

Lugar: IGLESIA DE SAN FRANCISCO

Fecha: 20 DE MARZO

Hora: 20,30

Pregonero: ISIDRO SOLA

Existe una vieja norma, que parece de obligado cumplimiento, según la cual un pregón de Semana Santa debería empezar, -inexcusablemente, con el protocolario saludo a las Autoridades civiles, militares y eclesiásticas, a las Cofradías, a los cofrades... y al público en general. Esto, naturalmente, obliga al pregonero, por una cuestión de cortesía, a emplear los consabidos tratamientos de respeto que en estos casos se acostumbra: "excelentísimo, dignísimo, ilustrísimo, reverendo..., señoras y señores". En ocasiones, incluso, sin saber si todos lo merecen.

Pues, bien; este pregonero -con el mayor respeto y consideración- se saltará olímpicamente el protocolo frío y distante de la norma y empezará diciendo, lisa y llanamente, "queridos amigos". Mejor aún: "mis queridos hermanos". Así, en familia, me sentiré mucho más cómodo.

Mis queridos hermanos:

supongo que por error  
se me brindó la ocasión  
-que considero un honor-  
de hacer hoy este pregón.  
Por mucho que decliné  
tan honrosa invitación,  
todo cuanto argumenté  
acabó en abdicación.

Y aquí estoy, intentando cumplir el compromiso de la mejor manera posible. Para ello, le pido a Dios que me eche una mano.

He de confesar y confieso con toda la sinceridad de que -soy capaz, que el día que mi amigo Juan Hernández, "Tote" para los más amigos, se presentó en mi casa en nombre de la Coordinadora de Cofradías de la Semana Santa de Mahón para invitarme a hacer el pregón de la Semana Santa, me cogió totalmente -desprevenido. Tuve la sensación de que me estaba invitando a -arrojarme al vacío desde el acantilado de la Cova d'en Xoroi.

Me asusté, lo digo sin ningún rubor. Ya sabéis que el miedo es libre. Pero, al mismo tiempo, me sentí halagado, extraordinariamente halagado. "Vanitas, vanitatum et omnia vanitas". Esto de la vanidad es, a veces, inevitable. La invitación era un honor que, por supuesto, no creía merecer. Aceptarla, una responsabilidad que sobrepasaba mis capacidades. Decliné como pude la invitación. "Oye, Juan, me habéis sobrevalorado, yo no soy la persona que necesitáis. Os lo agradezco, pero no contéis conmigo". "Hombre, no nos puedes hacer esto, ha salido tu nombre por mayoría absoluta; tienes que aceptar". Me resistí cuanto pude. Argumenté que cualquiera lo haría mucho mejor que yo; que no tengo ningún título que me avale como pregonero; que me da mucho apuro hablar en público; que no soy un experto en el tema; que ni siquiera soy mahonés..., ni menorquín de nacimiento; que no, Juan, que muchas gracias, pero no me veo capaz de hilvanar un pregón de Semana Santa que pueda interesar a nadie. "Esto sería mejor que lo hiciera alguien de aquí..., algún intelectual..., un menorquín ilustre antes que un catalán sin lustre". Mi amigo Juan me miraba con ojos de no entender nada. "No insistas, Juan, por favor". Pero Juan insistió y, al fin, su poder de convicción pudo más que mi capacidad de resistencia. Bien es verdad que mi mujer, que andaba por allí, se asoció con Juan, le dio también por sobrevalorarme -como si no me conociera- y acabé perdiendo el pleito. "Bueno, está bien, de acuerdo, pero dejadme un par de días para que lo piense". No había nada que pensar, estaba todo pensado, lo habían pensado por mí. Ya sólo era cuestión de echarle valor, ¿para qué voy a engañaros? Y, sin embargo, pensé. Pensé que si cualquiera podía hacerlo mucho mejor que yo, por qué iba a ser yo ese otro cualquiera que lo hiciera mucho peor que todos; pensé que por qué necesitaba un título

lo que me avalara, si no tendría que exhibirlo porque nadie me -  
lo iba a exigir; pensé que no tenía que darme apuro hablar ante  
un jurado que, posiblemente, vendría predispuesto a declararme  
inocente; pensé que por qué hay que ser un experto en el tema pa  
ra hablar de la Semana Santa de Mahón, si aquí a lo que hay que -  
venir es a dejar que hable el corazón. Y pensé, sobre todo, que  
por qué tiene uno que haber nacido en Menorca para ser menorquín,  
o en Mahón para ser mahonés, si basta simplemente con haber naci  
do a Menorca y con haber nacido a Mahón de la misma forma como -  
se nace a la vida: por amor. Y puedo presumir... y presumo de ha  
ber nacido a Mahón y a Menorca por amor. Por amor a una menorqui  
na, mahonesa, va ya para treinta y ocho años.

Por eso digo muy fuerte,  
aunque tal vez no os importe,  
que tengo la enorme suerte  
de ser menorquín consorte.  
Aceptado, pues, el hecho  
de ser menorquín de lecho,  
antes, ahora y después  
creo que tengo derecho  
a ser también mahonés.

-o0o-

Estamos casi a las puertas de la Semana Santa, la gran sema  
na del año; la semana en que se conmemoran los más grandes miste  
rios de nuestra redención: la Pasión, la Muerte y la Resurrección  
de Nuestro Señor Jesucristo. En el horizonte de nuestra fe, a só  
lo cuatro días de distancia -a contar desde hoy- se dibuja ya la  
silueta de un hombre que va serenamente camino de la muerte. Es

el Cristo Dios y Hombre que a lomos de un borriquillo entra triunfante en la ciudad de Jerusalén, donde sabe que dentro de cinco días va a ser crucificado. La multitud, enfervorizada, le recibe con palmas y ramos de olivo y de laurel, con himnos, cánticos y alabanzas. ¡Bendito sea el que viene en nombre del Señor!. El pueblo ama a Jesús, el pueblo le aclama, el pueblo le da la bienvenida. ¡Ay, el pueblo! Dentro de cinco días el pueblo, el mismo pueblo que el Domingo de Ramos sale a la calle y llena el aire de cánticos, de hosannas y de aleluyas, el mismo pueblo al que Cristo bendice, el mismo pueblo gritará hasta enronquecer: - "¡que sea crucificado!"

La multitud exaltada  
vitoreaba a Jesús;  
ellos no sabían nada  
todavía de la Cruz.  
Y Jesús, siempre sonriente,  
siempre derramando amor,  
agradecía a la gente  
su entusiasmo y su fervor.  
Pero la gente es cambiante:  
le cambia el tono de voz,  
se le demuda el semblante  
y pone gesto feroz.  
¡Ay, el pueblo cómo es!  
En Jerusalén rendía  
homenaje a Jesús  
y cinco días después  
a Pilato le pedía  
que lo clavara en la Cruz.

¡Ay, el pueblo cómo es!  
Los mismos que le aclamaban  
-no todos, pero los más-  
se volvieron del revés  
y gritaban que cambiaban  
a Cristo por Barrabás.  
¡Ay, el pueblo cómo es!

La vida pasa lentamente por nuestras vidas; despaciosamente, silenciosamente, casi de puntillas, a paso de procesión; al ritmo del tambor que tañe dentro de nuestro pecho y al que cariñosamente llamamos corazón. Así, paso a paso, latido a latido, año tras año, cuando llegan estos días la vida pone en nuestras vidas un tiempo de reflexión.

Y así llega el Jueves Santo,  
día del amor de hermanos,  
y Jesús en este día  
demuestra querernos tanto  
que instituye con sus manos  
la Sagrada Eucaristía.  
De esta forma Jesucristo  
nos da la prueba de amor  
más grande y más verdadero  
que nunca jamás haya visto  
este pobre pregonero  
y obstinado pecador.

"En verdad, en verdad os digo que hay uno entre vosotros que me ha de traicionar". Judas, que era uno de los doce, bajó la vista al suelo, no podía soportar la mirada compasiva del Maestro; no se atrevía a mirarlo a los ojos. Jesús sabía quien era el traidor. Judas también lo sabía. Sobre el cenáculo cayó un profundo silencio. Los otros once discípulos se miraban desconcertados, recelosos. Cada uno sospechaba de todos los demás, porque cada uno sabía que él no era el traidor. Só

lo lo sabían Jesús y el que iba a perpetrar la traición. Cristo rompió el silencio: "Comed de este pan, que es mi cuerpo, y bebed de este vino, que es mi sangre, que será derramada por vosotros y por todos los hombres para el perdón de los pecados". ¡Para el perdón de los pecados!. ¿Qué pensaría Judas en aquel momento? ¿También para el perdón de mis pecados? ¿También para el perdón del deicidio que voy a cometer? ¡No, eso no es posible! Sí, Judas, sí, también para el perdón de tus pecados; también para el perdón del horripilante crimen que vas a cometer. La bondad de Dios es infinita y es también infinita su misericordia. Pero ¿tendrás ese punto de contrición que podría salvar tu alma por toda una eternidad?

Ya noche cerrada, en el Huerto de los Olivos, de la heredad de Getsemaní, Judas oiría de nuevo la voz de Jesús: "Amigo, ¿con un beso entregas al Hijo del Hombre?". Aquella noche debió de pasarla Judas, seguramente, en una lucha encarnizada entre su avaricia y su conciencia, porque a la mañana siguiente, el viernes de la crucifixión, se presentó ante los Príncipes de los Sacerdotes diciendo: "¡Os he entregado la sangre de un inocente!". "¿Qué nos importa a nosotros? ¡Allá tú!" - Arrojó al suelo del templo los treinta siclos de plata, aquellas malditas monedas que había recibido por su traición, salió huyendo... y se ahorcó.

¡Cómo recuerdo ahora aquellas Semanas Santas de mi infancia, de mi adolescencia y de mi juventud!. Sí, ya sé: eran otros tiempos, eran otras Semanas Santas. Nosotros éramos otros también. Me atrevería a decir que éramos más religiosos que devotos, más convictos que confesos, más creyentes que católicos..., más católicos que cristianos. Pero aquel Hombre que en aquellas Semanas Santas moría en una Cruz era el mismo Hombre que morirá en una Cruz el viernes de la semana que viene, llegada la hora nona. ¡A las tres de la tarde!. Y aquella Madre a la que le asesinaban al Hijo era la misma Madre que el viernes de la próxima semana, a la sombra de la Cruz, sentirá de nuevo en su corazón el acero frío y punzante de siete espadas de dolor.

Otra vez Cristo Jesús  
pende del tosco madero;  
otra vez el contraluz  
del Dios Hombre verdadero  
me arrebató hacia la Cruz.  
Otra vez me desespero  
porque el ominoso día  
que le dieron muerte cruel  
me impidió mi cobardía  
morir en la Cruz por Él.  
Y, siendo así, ¿qué hay de extraño  
ni qué tiene de imprevisto  
que una vez más, este año,  
crucifiquemos a Cristo?  
Otra vez, bajo el balcón  
de olvidadas ilusiones,  
por las calles de Mahón  
pasarán las Procesiones  
con otra crucifixión.  
Otra vez, por el amor  
que te tengo y te profeso,  
Jesucristo Redentor,  
me repugnaré aquel beso  
falso, alevoso y traidor.  
Otra vez caminarás  
el camino del Calvario  
y tres veces te caerás  
y tres será necesario  
levantarte una vez más.  
Otra vez encontrarás  
en el Gólgota a María  
y una vez más nos dirás:  
"Es vuestra Madre y la mía,  
no la abandonéis jamás".  
Otra vez la compasión  
iluminará tu gesto  
y otra vez tendrás perdón  
para el infame denuesto  
que te infligen sin razón.  
Y dirá mi corazón:

Tú no merecías esto.  
Otra vez expirará  
el plazo que estaba escrito;  
otra vez aquel gran grito:  
"Ya todo cumplido está".  
Otra vez custodiará  
una losa de granito  
tu pobre Cuerpo marchito,  
tu Sangre y tu soledad.  
Otra vez será, Señor,  
la noche del Viernes Santo  
un libro abierto al dolor,  
antología del llanto  
y un florilegio de amor.  
Otra vez con la emoción  
anudada en la garganta  
veremos la Procesión  
de esta Semana Santa  
por las calles de Mahón.

¡Qué suerte tenemos los cristianos... de ser cristianos!  
¡Qué suerte! Pero ¿somos capaces, seríamos capaces de ser tan  
cristianos como para cargar cada uno con nuestra cruz y seguir  
los pasos de Cristo?

No hago la pregunta para que me sea contestada. La res-  
puesta a esta pregunta es patrimonio de la intimidad de cada  
uno. Pero antes de que cada uno se la conteste íntimamente, re-  
capacitemos unos instantes. En nuestra intención, en nuestro  
propósito, en nuestro deseo, incluso en nuestra voluntad, hay,  
seguramente, una predisposición innata a seguir los pasos de  
Cristo cargado cada uno con su cruz. Qué duda cabe de que és-  
ta fue también, con toda seguridad, la predisposición del áni-  
mo de los discípulos de Jesús, los doce apóstoles. Los prime-  
ros cristianos, los más cristianos. Sin embargo, uno, por ava-  
ricia, vendió al Maestro por treinta monedas de plata. Otro, -  
simplemente por cobardía, lo negó tres veces antes de que el  
gallo cantara. Y ninguno, por debilidad, esa debilidad que -  
nos paraliza el ánimo, fue capaz de velar siquiera una hora -  
en el Huerto de los Olivos cuando el Hijo le pedía al Padre -

que, si era posible, no le obligara a beber aquel cáliz de amargura. Los doce mejores amigos de Jesús, sus discípulos, los primeros cristianos, los más cristianos fueron testimonio vivo de lo que ya les había sido anunciado: "El espíritu en verdad está pronto, pero la carne es débil".

Hago otra vez la pregunta: ¿seríamos capaces de seguir los pasos de Jesús cargados con nuestra cruz?

Yo creo que no. Porque somos cristianos tan sólo en la medida que podemos, no en la que quisiéramos. Naturalmente, hay excepciones que confirman la regla. Y hay también quien es cristiano únicamente porque un día lo cristianaron con el sacramento del bautismo.

Alguien podrá preguntarse ¿a qué viene ahora esta reflexión? Viene a que hace unas semanas, en un diario de alcance nacional leí una entrevista que me dejó sumido, momentáneamente, entre la duda y la confusión. El entrevistado era un prestigioso abogado neoyorquino que se confesaba presbiteriano y, lamentablemente, partidario de la pena de muerte. Su prestigio le venía dado por sus éxitos en la defensa de casos difíciles, casi imposibles. El entrevistador, apoyándose intencionadamente en las victorias profesionales de que alardeaba el entrevistado, en un tono no exento de cierta ironía le hacía esta última pregunta afirmativa: "Usted hubiera salvado a Jesucristo". Y la respuesta era: "Quizá sí..., pero entonces no hubiera existido el cristianismo". Y me hice a mí mismo esta otra pregunta: ¿No hubiera existido el cristianismo si Cristo no hubiese muerto en la Cruz y resucitado después? No tenía una respuesta válida, pero me contesté que, posiblemente, no. Después el raciocinio me ayudó a usar la razón y llegué a esta conclusión: nadie hubiese podido salvar a Jesús; ni el más eminente de los abogados, porque librarlo de la muerte no entraba en los designios de Dios Padre Todopoderoso, que era el único que podía salvarle. Todo estaba escrito y nada podía cambiarse. El mismo Jesús lo dejaba muy claro cuando reprendía a uno de los suyos, aquel que había cortado la oreja con su es

pada a uno de los siervos del Sumo Sacerdote: "Vuelve tu espada a su lugar, porque todos los que tomaren espada, perecerán con espada. ¿Acaso crees que no puedo rogar a mi Padre y me - enviará al momento más de doce legiones de ángeles? ¿Cómo, pues, se cumplirán las Escrituras, que declaran que así debe suceder?" O cuando se dirigió a la multitud armada que llegaba para llevarlo preso a la casa del Sumo Sacerdote: "¿Como a un ladrón habéis venido a prenderme, con palos y espadas?. Cada día estaba con vosotros en el templo y no me prendisteis. Pero han de cumplirse las Escrituras". Y las Escrituras se cumplieron. No sólo hasta la última de las siete palabras, "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu", sino hasta el día de la gloriosa resurrección de Jesús, que es el momento culminante de la Semana Santa. Gracias a esto, los cristianos tenemos la inmensa suerte de ser cristianos.

Trasladémonos con la imaginación al día de Viernes Santo. Ha caído la noche. Todo está a punto para que dé comienzo la Procesión del Santo Entierro. Las calles se van llenando de devotos, piadosos, curiosos espectadores que quieren ver de cerca la manifestación religiosa. Los balcones y ventanas de las calles por donde pasará son una tribuna para espectadores de excepción. Nosotros estamos allí, entre el público que se apretuja en las aceras. Yo, desde mi imaginaria atalaya de la plaza de San Francisco voy a presenciar, no, voy a soñar el desfile procesional. Voy a soñarlo y voy a intentar explicarlo tal como lo sueño, poéticamente, con un poco de fantasía y otro poco de realidad. Esto es lo que sueño... y lo que veo.

El Pla de Santa Maria es un hervidero de devoción, de fervor, de cristiandad. Cofrades y Cofradías, encapuchados, penitentes, armados y armaduras, centuriones, soldados, costaleros, nazarenos, banderas, abanderados, pendones, estandartes, túnicas, capirotos, imágenes, pasos, cruces, clérigos, hermanos mayores, músicos, trompetas y tambores...y un palio para la Virgen de los Dolores. Han dado las ocho y media. Tres centuriones armados se abren paso para pasar los primeros, y, a su paso harán paso para que pasen los pasos que ya están para partir. Y yo, desde mi imaginaria atalaya, donde sueño lo que veo y cuento lo que sueño, paso les voy a pedir.

¡Paso, paso, abrid paso!  
Apagó ya el ocaso  
todas las luces del día.  
Allá, en la lejanía,  
puerta de Isabel Segunda,  
asoma una Cofradía  
que acalla la barahunda.  
¡Paso, paso, abrid paso!,  
que bajo un cielo de raso  
-negro para la ocasión  
pero de estrellas cuajado-,  
con piadosa devoción  
el Santo Entierro ha iniciado  
su paso acompasado  
por las calles de Mahón.

¡Paso, paso, abrid paso!  
No lo dejéis tan escaso  
que este paso es para un paso  
-el primero del cortejo-  
en el que viene San Pedro,  
quizás un poco más viejo,  
que ha cumplido dos mil años  
hace... treinta por lo menos  
-el tiempo no tiene frenos-  
y aún le suena como extraño  
que aquella noche de antaño,  
en el atrio de Caifás,  
negara a Cristo tres veces.  
Se ha arrepentido con creces,  
dice que no lo hará más.  
Y hay que creer al "abuelo"...  
y hay que quererlo también,  
que abre las puertas del Cielo  
a los que se portan bien.  
¡Paso, paso! Pasa, Pedro,  
vamos, pasa..., pescador,  
y no estés avergonzado,

que viene Cristo detrás  
y Cristo te ha perdonado.  
¡Mira si te tiene amor!

¡Paso, paso, por favor!  
Por detrás de Pedro viene  
Verónica, que sostiene  
en sus manos el dolor  
de Cristo en un blanco lienzo  
impreso a sangre y sudor.  
¡Pobre Jesús indefenso!  
Fuiste por Él elegida  
en otro gesto de amor,  
para heredar la fortuna  
de enjugar una por una  
cada lágrima vertida  
por los ojos del Señor.  
Pasa, Verónica, pasa,  
pero sin ninguna prisa;  
en Mahón estás en casa...  
y el viento esta noche es brisa.  
Y pues la noche es hermosa,  
porque es una noche santa  
y es de amor y es de paz,  
Verónica piadosa  
para un momento y reposa.  
Acallaré mi garganta,  
que es en exceso locuaz  
y, en silencio, el corazón  
le dirá con emoción  
a esa imagen sacrosanta  
"¡yo te adoro, Santa Faz!".

San Juan Evangelista,  
Nicodemo y José  
-digo el de Arimatea-,  
los tres los tengo a la vista.

Son tres y, no sé por qué,  
parecen una asamblea  
-muy pequeña, ya lo sé-,  
pero fueron panacea.  
¿Que no os he pedido paso?  
¡Pues paso para los tres,  
que los tres vais en un paso  
y no sería cortés  
que no pasarais los tres!  
Pasa también, Cirineo,  
no te quedes ahí detrás,  
adelanta un paso más  
que tan atrás no te veo.  
Lo sabemos, Cirineo:  
aunque no era tu deseo  
subir la Cruz al Calvario,  
el sacerdote falsario  
te obligó a cargar la Cruz...  
a cambio de algún denario  
por tu... colaboración,  
porque ya estaba Jesús  
casi en la extenuación.  
Fue un acto humanitario,  
te lo agradezco, Simón.

Si lo que veo es cierto...  
diviso una Cruz desnuda  
sin el Nazareno muerto;  
al pie, la imagen menuda  
de una mujer cuyo llanto  
enjuga con su melena  
y esconde bajo su manto:  
es María Magdalena,

una de las tres Marías  
de los dos últimos días;  
la que dicen que secó  
con su abundante cabello  
-hay discrepancia sobre ello-  
los pies de Cristo Jesús,  
al que ya no abandonó  
ni cuando murió en la Cruz.  
La que Jesús perdonó,  
aquella que rescató  
de las garras del pecado  
y la primera que vio  
a Cristo resucitado.  
¡Ay!, María de Magdala,  
redimida Magdalena,  
¿quién dijo que fuiste mala...  
si eres Santa por buena?  
Pasa, pasa, Magdalena,  
destierra de tí la pena,  
pon carita de alegría,  
borra el rictus de dolor  
y deja ya de llorar,  
que el domingo el Redentor,  
el domingo, al tercer día,  
volverá a resucitar.

¡Paso, paso, abrid paso,  
abrid paso, hacedme caso,  
abrid paso, si aún se puede,  
y cese la algarabía  
y que la calle se quede  
completamente vacía,  
que está a punto de pasar  
Cristo muerto y sepultado  
y yo me quiero llegar  
sin barreras a su lado,  
que no se va a conformar  
mi actitud tenaz y terca  
si no lo puedo tocar...

o mirarlo tan de cerca  
como permita el cristal  
de su urna sepulcral.  
Ya estoy aquí, ya he llegado.  
¡Cuánto has sufrido por mí!  
¡Qué lección de amor me has dado!  
Y encima me has perdonado  
lo mucho que te ofendí.  
Te contemplo así, Señor,  
en tu sepulcro, yacente,  
atravesada la frente  
por espinas de dolor;  
veo tus manos y pies  
tan cruelmente horadados,  
y el lanzazo que después  
uno de aquellos soldados  
en el costado te dio.  
Ya muerto te lancearon.  
Sangre y agua manó  
de tu divino costado.  
A los dados se jugaron  
lo que te habían quitado  
y en la Cruz te abandonaron  
sin causarte una fractura...  
y sin darte sepultura;  
ni siquiera te bajaron.  
De este modo se cumplió  
lo que dice la Escritura:  
"Verán a quien traspasaron".  
Esta tarde ha oscurecido  
antes de ponerse el sol  
y en el cielo se ha encendido  
un insólito arrebol.  
Yo no sé si lo he soñado:  
como salidas del cielo  
bandadas de golondrinas  
en vuelo raso han pasado,

han detenido su vuelo  
sobre el árbol de la Cruz  
y, aunque había poca luz,  
he visto dos golondrinas  
que arrancaban las espinas  
de tu frente, Redentor.  
Tú sabrás si es cierto o no  
-quien no lo sabe soy yo-.  
No sé si fue un sueño mío  
-que no tendría valor-  
o si fue un desvarío,  
que tal vez fuese peor.  
Pasa, pasa, por favor;  
hay un ángel que te guía  
y está la calle vacía.  
Hasta el domingo, Señor.

Sin otro paso que el paso  
que marcan tan marcialmente,  
ahí vienen Los Centuriones  
-puntuales, sin retraso-,  
una tropa de valientes,  
que un día fueron legiones,  
armados hasta los dientes.  
Pero no cunda la alarma  
que en una Procesión  
no se va a usar ningún arma,  
sería profanación.  
Ellos no llevan un paso  
que enlace piedad con arte,  
por eso van con el paso  
del que porta el estandarte.  
Pasen, pues, Los Centuriones,  
a ver quien impide el paso  
a esos bravos mocetones.  
Sería un error muy craso.  
Por sí mismos se abren paso  
aunque yo no se lo pida;

no seré quien se lo impida,  
cualquiera sabe el talante  
que estos tíos traen consigo.  
¿Centurión como enemigo?  
No, muchas gracias, yo paso.  
¿No veis el yelmo calado  
del morrión a la babera  
y bajada la visera?  
¡Para esconder el semblante!  
Es una tropa de abrigo...  
y la manda un Comandante.  
Prefiero hacerme su amigo.  
¿Que no puedo en un instante?  
Ahí va un botón de muestra:  
amigos, la calle es vuestra,  
toda la calle, "p'alante".

Bajo palio, luctuosa,  
apagados los fulgores  
de los pétalos de rosa  
de su belleza llorosa,  
la Virgen de los Dolores  
se acerca majestuosa  
y se encienden los fervores  
de la gente piadosa  
que le dice sus amores  
en plegaria silenciosa.  
Yo también, Madre doliente,  
Virgen Santa solitaria,  
quiero unirme a la plegaria  
silenciosa de esa gente.  
Quiero, con sinceridad,  
en la noche de este día  
ofrecer la poquedad  
de mi humilde compañía  
a tu grande soledad.

No estás sola, Madre mía,  
hoy tienes aquí, a tu lado,  
bajo tu advocación,  
a este pueblo congregado  
rindiéndote devoción.  
Hoy Mahón está contigo  
porque Cristo en su agonía  
-casi hecho crucifijo-  
pareció que nos pedía  
que te diéramos abrigo,  
que no te faltara el pan:  
"Éste es, Madre, tu hijo,  
ésta es tu Madre, Juan".  
Eso fue lo que nos dijo.  
Pasa, Madre, pasa, pasa  
envuelta en tu negro manto,  
que esta pena que traspasa  
tu corazón lacerado  
la noche del Viernes Santo  
quiero sufrirla a tu lado  
para beberme tu llanto.  
Virgen de la Soledad,  
en tus ojos lacrimosos,  
en tus labios angustiosos  
se ha muerto mi voluntad.  
El sueño se está esfumando;  
¡he soñado de verdad!  
Siento que voy despertando...  
y vuelvo a la realidad.  
Antes aún, sin embargo,  
de salir de mi letargo,  
aprovechando que está  
mi Madre aquí todavía  
-Ella me comprenderá-  
quisiera hacerle un encargo:  
"ora pro nobis", María.

Bien, ya ha pasado la Procesión..., al menos por nuestra imaginación. Supongo que todos la hemos visto. Yo, posiblemente, un poco mejor que algunos porque he tenido la suerte de ocupar un lugar de privilegio en una atalaya imaginaria.

No sé si he conseguido lo que me había propuesto: vivir y revivir juntos la manifestación popular más emotiva y conmovedora de la Semana Santa de Mahón: La Procesión del Santo Entierro.

Estamos en la madrugada del Sábado Santo. Cuando despierete la mañana de este día, silenciosa, sin luces en las Iglesias, vacíos los Tabernáculos, y circulemos con nuestros vehículos por alguna de las calles por las que ha transitado el Santo Entierro, los neumáticos arrancarán de las piedras y el asfalto unos sonidos lastimeros, quejidos casi humanos, al contacto con las lágrimas de cera vertidas la noche anterior sobre el asfalto y las piedras de las calles de Mahón. Estos serán los últimos lamentos, las últimas expresiones de dolor por causa de la Pasión, Crucifixión y Muerte de Jesucristo - Nuestro Señor. Después, unas horas de respetuoso silencio, de vida interior nos conducirán al milagro de su gloriosa Resurrección, que es tiempo de júbilo, de alegría, de esperanza y de gratitud. Tiempo de Redención. Atrás habrá quedado la gran tragedia del Gólgota

y tendremos ya delante,  
como un inmenso fanal,  
el sol glorioso y brillante  
de la Vigilia Pascual,  
la noche más importante  
de la liturgia eclesial.  
La desnudez del Altar  
se vestirá de blancura  
que es color de ánima pura  
que aún está por estrenar.  
Eslabón y pedernal  
crearán un nuevo fuego  
y arderá el Cirio Pascual,  
del cual tomaremos luz;

y se bendecirá luego  
de manera ritual,  
con el signo de la Cruz,  
que es siempre signo indulgente,  
aquel agua transparente  
de la pila bautismal.  
Y ya el agua bendecida,  
catecúmenos, creyentes  
de un antiguo catecismo,  
volveremos a la vida  
renovando, consecuentes,  
las promesas del bautismo,  
que es beber en las fuentes  
del agua del cristianismo.  
Y llegado ya el momento  
de la transustanciación,  
con fervor y devoción,  
con hondo recogimiento,  
a la acción de elevación  
-que no es un gesto baldío-  
diremos una vez más  
"Señor mío y Dios mío",  
como lo dijo Tomás.  
Y con un ardiente afán  
que nos llenará de amor  
comeremos aquel pan  
que es el Cuerpo del Señor.  
Y Cristo sonreirá  
- ¡Cristo ya resucitado! -  
y será benevolente  
y nos agradecerá  
que hoy le hagamos costado  
cuando hay aún tanta gente  
que se muestra impaciente  
por verlo crucificado.  
Y nosotros, los que somos  
el pueblo beneficiario

del gran crimen del Calvario  
que ha llenado tantos tomos  
con su muerte divinal  
imposible de olvidar,  
si queremos alcanzar  
la eternidad celestial  
que tenemos prometida  
para después de esta vida,  
vivámosla como hermanos  
y procuremos, al menos,  
ser un poco más cristianos  
y, si es posible, más buenos.

-ofo-